

## NACIONALISMO ANDALUZ

contradicción nuclear del sistema económico-social andaluz. Por lo que resulta elemental en ciencia política que sea aquí, precisamente, donde deben incidir aquellas fuerzas políticas que están interesadas en el cambio. Y por lo que resulta lo más transformador y "revolucionario" que hoy pueda darse, la existencia de un nacionalismo andaluz de clase. Si hoy este nacionalismo está apareciendo, no es, pues, por la voluntad más o menos subjetiva de unos cuantos políticos decididos, sino porque las condiciones objetivas sobre todo lo están "pidiendo a gritos".

A la luz de estos planteamientos —evidentemente teóricos, pero anclados en la realidad concreta de los hechos— nadie debiera hacer disquisiciones prematuras sobre la actitud más o menos coyuntural de algunos de los actuales líderes del nacionalismo andaluz. Nos estamos acostumbrando, en este país, a coger el rábano por las hojas, y a sacar en seguida conclusiones casi definitivas. Por el contrario, deberíamos profundizar un poco más en las realidades que subyacen a aquellos datos. El nacionalismo andaluz no puede ser objetivamente interclasista. No existe una burguesía industrial autóctona. No existe una fuerte burguesía objetivamente interesada en el mismo. Sólo existen unos trabajadores —jornaleros, emigrantes, pequeños propietarios, técnicos e intelectuales— que puedan movilizarse en un proyecto colectivo de pueblo oprimido. Recuperar su identidad como pueblo andaluz y erigirse en motor de su propio desarrollo productivo —convertirse en "clase nacionalista"— es hoy por hoy la tarea más "progresista" que pueden plantearse las clases populares andaluzas. Y ello por la fundamental razón —insisto— de que incide en la contradicción principal del sistema. No estaría de más que, por algunos comentaristas, se meditase un poco más seriamente sobre ello. ■ J. A.

## Marxismo socialismo, socialdemocracia

**N**O hará Historia, pero sí está cubriendo amplios espacios de la prensa y acaparando la atención reflexiva y dando tema a las cábalas de cuantos desde fuera hemos seguido el XXVIII Congreso del PSOE, con el dramático "golpe de teatro" de la renuncia de Felipe González a presentarse a la reelección de la Secretaría General del partido.

La Historia, en su torpe y desangelado desarrollo actual, se está realizando con la colabora-

ción de los partidos a través de sus prácticas cotidianas, y estas prácticas políticas, en general, tienen poco que ver con las declaraciones definitivas que los partidos hacen de sí mismos. Resulta más interesante determinar si el PSOE está realizando una política socialdemócrata o si, por el contrario, su práctica es la lucha de

clases que el constatar que la profesión de fe marxista no ha desaparecido todavía de su declaración programática gracias al resultado del XXVIII Congreso.

Los términos en los que se ha desarrollado la discusión sobre la ponencia "política" y el hecho asombroso de que los "radicales marxistas" mayoritarios en el Congreso no contasen con una alternativa a Felipe González y a su Ejecutiva "socialdemócrata", ponen de manifiesto que en el fondo no se trataba de imponer por el uso de la democracia interna del partido un cambio de la línea y de la práctica política, sino tan sólo de una cuestión de imagen.

Tanto para los que pretendían suprimir el término "marxista" como para los que querían mantenerlo, la preocupación se ha centrado sobre "el qué duran" y no sobre la acción política del partido, como lo ha probado el hecho de que el Congreso haya aprobado la gestión política de la Ejecutiva saliente y el reconocimiento de que una nueva candidatura "contestataria" no habría obtenido más que el 10 por 100 de los votos de los delegados.

Resulta bastante curioso que el PSOE se plantease la distinción entre el socialismo y la socialdemocracia en forma casi idéntica a como se plantearon su identidad los partidos demócrata-cristianos cuando decidieron suprimir la confesionalidad cristiana de sus definiciones. Si no he entendido mal, la pretensión de Felipe González era el suprimir la "confesionalidad" marxista en la definición del PSOE con el fin de que los no-marxistas que estuviesen de acuerdo con la línea política del partido no encontraran razón alguna para no inscribirse en el mismo, razón idéntica a la que llevó a los demócrata-cristianos a suprimir su confesionalidad religiosa para permitir engrosar sus filas y sus votos con los no-cristianos que, pese a no serlo, estuviesen de acuerdo con los objetivos y práctica política de su partido.

Toda la cuestión —en uno y otro caso— se sitúa en la confesionalidad del partido y no en su práctica política, y lo que en uno y otro caso se descubre es que la "fe" ha dejado de ser un elemento determinante en las posiciones políticas respectivas. El cristiano hoy milita políticamente en Fuerza Nueva y en el Partido Comunista, en la ORT y en el anarquismo. El marxista se encuentra hoy también cómodamente en la UCD, en el PSOE o en el PCE y existen también marxistas convencidos en el movimiento anarquista o libertario. La distinción entre socialismo y socialdemocracia, si es que la hay, y entre socialismo y comunismo y entre éste y la socialdemocracia, tendría que encontrarse en sus

prácticas políticas, en sus objetivos a corto, medio y largo plazo, en los intereses de clase o de fracción de clase que defienden y que asumen, y en los medios y las formas políticas que llevan adelante para imponerlos.

La socialdemocracia, desde esta perspectiva de análisis y, según mi criterio, la constituyen los partidos y organizaciones sindicales que han asumido los intereses de los asalariados en tanto tales, es decir, en tanto partes del capital social, y ponen los medios

y señalan sus objetivos de acuerdo con estos intereses, defendiendo su "valor" y tratando de que aumente a costa de otras partes del capital que son generalmente asumidas por los partidos de derechas y las organizaciones patronales. La democracia delegada o democracia burguesa se sitúa sobre el juego

dialéctico entre los partidos socialdemócratas y los partidos de derechas, entre las reivindicaciones de los sindicatos de los trabajadores y las organizaciones patronales, tratando de afreccerles el espacio para los acuerdos y el equilibrio, de tal manera que la política responda al interés del capital social en su conjunto, cumpliendo la función que, en el campo estrictamente económico, cumple el mercado —o los diferentes mercados— donde se compensan los intereses opuestos de las diferentes partes del capital.

En este sentido, parece que no ofrece grandes dudas el considerar al PSOE como un partido socialdemócrata, con o sin profesión de fe marxista, como tampoco la ofrece el considerar que la práctica política de los partidos comunistas, PCE y ORT-PT, son actualmente prácticas socialdemócratas, cualquiera que sean sus objetivos finales a "larguísimo" plazo, como son organizaciones sindicales socialdemócratas la UGT, CC. OO., SU, USO y CSUT. Todos estos partidos y organizaciones —y algunas otras de menor importancia— defienden y asumen en general con bastante eficacia, dada la situación de crisis económica por la que estamos atravesando, los intereses de los trabajadores asalariados en tanto tales, y su función real, dentro del marco político y económico que les ofrece la democracia, es la que corresponde a la socialdemocracia.

El socialismo-comunismo, como alternativa fundamentalmente distinta a la socialdemocracia, entrañaría y estaría caracterizado por la práctica política que buscarse el destruir las relaciones capitalistas de producción y, por lo tanto, el asalariado, y sustituirlos por unas relaciones nuevas que hoy ignoramos cuáles podrían ser con exactitud, ya que no existen en ningún país del mundo, en las que el valor de cambio habría desaparecido, desapareciendo la explotación, la dominación y la alienación de las relaciones entre los hombres y con ellas el Estado como organización de poder de clase.

Los partidos y organizaciones que hoy asumen una práctica socialdemócrata, tanto el PSOE como los partidos comunistas y las organizaciones sindicales en que se articulan sus organizaciones de masa, afirman por la vía de su profesión de fe marxista, que la práctica socialdemócrata lleva a largo plazo y a fin de cuentas hacia el socialismo, pero nada prueba que esto sea cierto y nada impide que otros que realizan la misma práctica socialdemócrata tengan una fe distinta y crean que adonde lleva es a salvar el capitalismo o hacerle simplemente más "justo" y más "humano", el creer en una u otra cosa no cambia la realidad ni la Historia. ■

## UNA POLEMICA QUE NO HARA HISTORIA

IGNACIO F. DE CASTRO